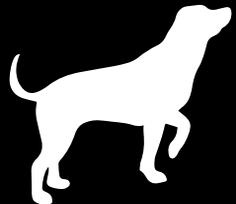


Vidas

Escribir es también bendecir
una vida que no fue bendecida.



Nací en Ucrania, como todos saben, pero ya en fuga. Mis padres se detuvieron en una aldea que ni siquiera aparecía en el mapa, una aldea llamada Tchetchelnik, cerca de la frontera ucraniana con Moldavia. Por la premura de mi nacimiento debieron pernoctar allí unos días, para luego encaminarse hacia Brasil. Cuando llegaron a Maceió, en el nordeste, yo ya contaba con dos meses de edad. Por eso, que se insista en llamarme extranjera es una tontería. Obviamente soy más brasileña que rusa. Muchos me creen extranjera por ese azar de nacimiento, aunque también a causa de mi pronunciación de la erre. Piensan que es acento, y no es así. Es lengua anclada. Mis padres podrían haber resuelto este problema cuando yo era niña, habría sido solo cuestión de un corte, la cicatrización, sin embargo, era lenta y dolorosa, entonces desistieron. De adulta uno que otro cirujano me ha propuesto resolverlo, sería una pequeña intervención, imperceptible, aseguran, pero, en verdad, no me incomoda, todo lo contrario, me singulariza. Por eso dejé que se quedara.

Es tan loco este mundo, hay quien ha visto ahí, en ese detalle tan fortuito, físico, una suerte de afrancesamiento de mi lengua. Bueno, también lo han dicho de mi escritura. Así recibieron algunos la creación de una sintaxis y una cadencia propia. Eso al parecer desorientó a muchos. En fin, mundo loco este y el de los críticos. Tuve la fortuna de obtener su atención desde mi primera novela, *Cerca del corazón salvaje*, allá por el año 1943. Pero, como cabe esperar, no hubo unanimidad sobre lo que leían. Los más generosos reconocieron en ella algo de originalidad. Mi primera novela, decían, estaba predestinada al éxito. Reconocían en mí una capacidad de comunicación y el uso de un lenguaje artístico. Los más escépticos dijeron que empleaba la técnica de los ingleses y que era una novela a todas luces moderna. Los reticentes me pedían trabajar más la técnica literaria hasta lograr transfigurar mejor mi individualidad. Y hubo el que objetó hasta mi nombre; no podía concebir que alguien se

llamase Clarice Lispector, debía ser, obvio, un pseudónimo. Con el tiempo hasta me cambiaron la ortografía; quizá para que calzara con una idea de extranjería, escribían Clarisse, con doble ss. Y por supuesto no faltó quien relacionara mi sexo con lo que escribo, calificando mis libros de escritura femenina. Es cierto que escribí en revistas y páginas femeninas, pero lo que hice en mis libros fue otra cosa. Y hasta la prensa tuvo algo que decir, *Cerca del corazón salvaje* fue calificado como un libro singular, extraño, insólito. No faltó el que indicara mi inteligencia y sensibilidad. Así me fueron construyendo perfiles muy pesados que vivo como grilletes: mujer solitaria, misteriosa, extraña, hermética, entre otros adjetivos más.

Y no solo de mi nombre y de mi persona se han dicho cosas. También de mi rostro. Lo encuentran anguloso, como si estuviera tallado. Exótico, de mirada fuerte y cautivante. Quizá el haber tenido la fortuna de ser retratada por mi amigo Carlos Scliar y por la conocida Zina Aita alimentó esa idea. Los retratos de Portinari y de De Chirico fueron azarosos, de esos azares que, muy a mi pesar, trae ser una figura pública. Ese fue el precio de la fama. Quedar horrorosamente expuesta al ojo escrutador y castrador de quienes proyectaron en mí deseos y prejuicios. Lo cierto es que he sido condenada a vivir sola, a dormir temprano y a ir al cine sin compañía.

¡Y qué decir de mis libros! Escritura psicológica, intimista, hermética, femenina y hasta feminista. Pero eso sigue siendo tarea de la crítica. Sin duda, me siento más cómoda cuando me pintan como alguien que gusta de los niños y las niñas, cercana a los animales, inmiscuida en las flores y, como no, en el mundo del Jardín Botánico de Río de Janeiro. Es decir, cuando hablan de mí simplemente como un cuerpo entrelazado con otros cuerpos (vivos y no vivos). ¡Qué sería de mí sin los animales, las plantas y las cosas!

Ah, en cuanto a las entrevistas, no respondo preguntas obvias, ni aquellas que se afanan por saber de mis influencias. En verdad, solo quieren que confirme si he leído a James Joyce, Virginia Woolf, Marcel Proust o a Franz Kafka. Prefiero hacerles creer que no leo. Leí tanto y tan plazeramente que estoy cansada de la literatura. Es más, me estoy interesando en la pintura. Sin método ni propósito. Esa es para mí la libertad creativa.

Alguien, ahora no recuerdo quién, acertó al afirmar que nadie escribe como yo. Y que yo no escribo como nadie. ¿Por qué cuesta tanto creer que mi escritura es brasileña? No sé lo que eso significa, solo sé imitar a las rosas. Y hablando de rosas, el gran Guimarães Rosa dijo que él me leía no por la literatura sino por la vida. Sí, me interesa la vida en todas sus manifestaciones, también las sensaciones, captar momentos... pero no se engañe, solo consigo la simplicidad con mucho esfuerzo. Desconfiad, siempre desconfiad, de lo que digo.



Clarice Lispector
Viña del Mar,
10 de diciembre de 2020

Hacia 1943 Clarice se desempeñaba como periodista y llevaba tres años publicando algunos cuentos en suplementos y revistas. Ese año lanzó *Cerca del corazón salvaje*. Con escasos 23 años se insertaba en la vida cultural de Río de Janeiro. Pero a esas alturas, no solo la decisión de ser escritora había sido tomada, también la de casarse. El matrimonio se celebró a inicios de 1944. Desde entonces

la tensión entre la vida doméstica -que oscilaba entre la figura de ama de casa, esposa de diplomático y madre- y su vocación de escritora no dejará de acompañarla durante un par de décadas. Se trata de un conflicto que quiso conciliar y que manifestó de varias maneras: como renuncia, como dos fuerzas igualmente poderosas o simplemente como deseos paralelos. Lo cierto es que la tensión entre esas vidas marcará toda su obra inicial, de los años 40 a los 50.¹ Este también será un péndulo sobre el que oscilará su escritura cronística, oscilación a la que volverá en distintos momentos a fin de reelaborarla.

**1. *Cerca del corazón salvaje*,
La lámpara, Una ciudad
sitiada y Lazos de familia
están plagadas de romances,
rupturas, matrimonios, amas de
casa, madres y esposas. Estas
últimas figuras aparecen siempre
dislocadas o desacompañadas. En
un gesto de reconocimiento al
oficio, recorro a las versiones
traducidas de las ficciones,
los cuentos y las crónicas.
Por supuesto que hay un primer
trabajo con la lengua original,
pero haré modificaciones allí,
y solo allí, donde el traductor
o traductora tome decisiones
distantes del original. Es
el caso, por ejemplo, de los
términos empleada doméstica y
criada. Así también realizaré
los debidos ajustes de fechas u
otras imprecisiones detectadas.**

No fueron pocas las ocasiones en que le preguntaron: ¿si tuviera que escoger entre la maternidad y la escritura qué escogería? “Mis hijos me necesitan, la escritura no”, respondía. En otra ocasión afirmaría: si pudiera tendría dos vidas, en una sería madre y en la otra escritora. El 8 de mayo de 1946 escribe a su hermana Tania desde Berna: “he llegado a la conclusión de que escribir es lo que más deseo en el mundo, incluso más que el amor”. Al final confesará que su sueño era haber tenido no dos sino varias vidas. “En una sólo sería madre. En otra sólo escribiría y en otra sólo amaría”.²

2. “Nací para amar a los demás, nací para escribir y nací para educar a mis hijos”, es una variación registrada en “Las tres experiencias”.

Tres vidas, tres pasiones que para la época parecían difíciles de reunir en un solo nombre de mujer. En tanto Clarice albergaba esos deseos, la madre y la escritora tomarán caminos paralelos, pero a veces se acercarán, para luego distanciarse nuevamente, como queda manifiesto en esas citas. El amor, por su parte, aparecerá de muchos modos. El amor a un hombre es tan solo uno -es lo que se desprende de la carta a su hermana-, y no necesariamente el más importante. El amor en Clarice excede con creces el dos de la diferencia sexual. Es amor por los otros y por lo otro. No en términos de entrega piadosa y abnegación cristiana, sino en términos de don. "Amar a los otros es la única salvación individual que conozco: nadie estará perdido si da amor y a veces, a cambio, recibe amor", leemos en "Las tres experiencias", una crónica que se encuentra en *Revelación de mundo*. También dejará ver el absurdo de algunos amores e indicará versiones y variaciones de otros posibles. Cuestionará, por ejemplo, el posesivo que acompaña el más familiar de los vínculos: "mi hijo", "mis hijos" (disolver ese posesivo le llevará toda la vida). Quería amar "sin poseer", y la mejor manera de hacerlo es "acercarse", como bien indicó Hélène Cixous. Para Clarice "el amor mal pensado es destructor, la comprensión mal mesurada es aniquiladora", del mismo modo en que el exceso de agua pudre algunas plantas. El amor que le interesa es uno que no estropea. Es un darse sin condición. Es, por ejemplo, lo que no sabe hacer la niña Ofelia al tomar el pollito ofrecido por la vecina en ese hermoso relato que es "La legión extranjera". Es lo que tampoco sabe hacer el explorador de tribus exóticas, al encontrarse con la pigmea en las montañas del Congo, en "La mujer más pequeña del mundo".³ Pero es lo que sí saben hacer las ni-

3. En portugués "A menor mulher do mundo" (La menor mujer del mundo). Su traducción al español pierde la sonoridad y el juego visual de las tres emes, un juego clave en su montaje. La mmm remite a la técnica de la muñeca rusa (una m dentro de otra) presente no solo en el título sino en el relato mismo. Una mujer cuya foto, en tamaño natural, cabe en la portada de un diario de domingo. El diario es leído al interior de una serie de departamentos desatando las más diversas reacciones. ¿Qué es lo menor en la historia? El foco está en la mujer y no el explorador francés que la "descubre". ¿Qué es

ñas de “Los desastres de Sofía” y “Felicidad clandestina”, como también Rodrigo S.M de *La hora de la estrella*, e incluso la artista de *La pasión según G.H.* Amor es otro nombre para su relación con Dilermando y con Ulises, que la acompañaron en distintos momentos de su vida, porque “ella no podía vivir sin un perro”; este animal “es su misterio de amor”, como escribió Hélène. Es un amor sin condición que excede lo meramente humano.

lo menor en Clarice? Es y no es, como indica la traducción, lo más pequeño. La palabra en portugués (menor) permite un juego polisémico más rico. ¿Cuál es ese mundo? ¿El del explorador francés? ¿El de los lectores de diario? ¿El de la escritora?

Clarice deseaba entonces tener otras vidas. A veces afirmaba ya haberlas tenido y a cada una la relacionaba con un libro. En “El primer libro de cada una de mis vidas”, una crónica de 1973, escribe: “me preguntaron una vez cuál había sido el primer libro de mi vida. Prefiero hablar del primer libro de cada una de mis vidas”. Hay una vida al ritmo mágico de la literatura infantil en la que se debate entre el patito que se revela cisne, la lámpara que acercaba lo imposible al humilde rincón del *sobrado* desde donde fantaseaba y *Las travesuras de Naricita* de Monteiro Lobato, su primer libro sagrado. También hay una vida en la adolescente con el aliento entrecortado por la revelación del viaje interior ofrecida por *El lobo estepario* de Herman Hesse. Y otra vida más al ritmo de *Felicidad* de Katherine Mansfield y de *Crimen y castigo* de Fiodor Dostoievski.

Estas vidas que van de la mano de los libros, se contraponen a esas otras vidas mandatadas por las convenciones de época: la de ama de casa, la de madre y la de esposa, convenciones de las que zafó, hasta cierto punto, no sin cierta dosis de desdicha e infelicidad. Pero la desdicha y la infelicidad no fueron el único precio a pagar por desafiar los mandatos del orden masculino. La soledad y el desamparo también la asediaron, y en ello comparte suerte con Silvina Ocampo, María Luisa Bombal y Elena Garro, para mencionar

solo algunas de sus contemporáneas latinoamericanas. Incomprendidas, aisladas, infelices por osar escribir. Los hombres simplemente no soportan a una mujer que escribe, afirmó Marguerite Duras en relación a sus amantes, afirmación que bien puede ser extendida al caso de estas escritoras que escribían cuando hacerlo aún era un asunto de varones. Con todo, hay algo más en esa soledad y en ese desamparo clariciano. Resuenan ahí tormentas biográficas.



Entre 1992 y 1995 Teresa Montero Ferreira se embarcó en la tarea de realizar una biografía de Clarice, que sería publicada unos años más tarde bajo el título *Eu sou uma pergunta. Uma biografia de Clarice Lispector* (1999). Por esos mismos años Nádía Battella Gotlib acababa de publicar *Clarice. Una vida que se cuenta. Una biografía literaria de Clarice Lispector* (1995), centrada en la relación entre su vida y su obra. Ambas extraen datos autobiográficos diseminados en su escritura, pero mientras la primera busca reconstruir una vida, la segunda busca seguir la estela de esa vida contada por la Clarice escritora. Teresa se dio a la tarea de recabar documentos y testimonios importantes para empezar a estabilizar un relato biográfico. Escarbando en los archivos consulares y hurgando en los registros marítimos, dio con la fecha de emisión del pasaporte de la familia Lispector. El consulado de Rusia en Bucarest emitió el permiso de salida hacia Brasil el 9 de febrero de 1922 y, sin más espera, ese mismo mes la familia se embarcó en el vapor *Cuyabá*, en el puerto de Hamburgo. Un mes después

4. Como con Clarice, también existen dudas en cuanto a la fecha de nacimiento de sus padres y de sus hermanas. Teresa Montero registra dos para Mania Krimgold Lispector, nombre judío de la madre, 1889 y 1991. Nádia Battella registra otra, 1890. Lo mismo ocurre con Elisa, quien en las biografías figura de 10 y de 9 años al llegar a Maceió. Seguimos las aproximaciones entregadas por la primera biógrafa.

atracaban en Maceió, siendo recibidos por la familia materna que ya se había asentado hacía unos años en el nordeste brasileño, luego de un breve paso por Argentina, probando mejor suerte. Cuando pisaron tierra nordestina, Pedro, el padre, contaba con 38 años (1884), Marieta, la madre, con 33 (1889⁴), Elisa, la hermana mayor, tenía 10 (1911), Tania 6 (1915) y Clarice poco más de un año (10 dic 1920⁵), 15 meses para ser precisa.

5. Inicialmente se registraron dos fechas más: 10 de octubre o 14 de noviembre de ese mismo año. El 10 de diciembre de 1920 fue la fecha que terminaron asumiendo sus biógrafas, reiterada por el relato del padre. La misma Clarice modificará en varias ocasiones el año de su nacimiento.

Es así como la familia Lispector llega a Brasil. En Maceió vivieron tres años, durante los cuales el sustento familiar dependía de

6. La decisión de migrar había sido tomada cuando se intensificaba la persecución a los judíos en Rusia. Dicha persecución inició hacia 1881 cuando ocurrieron los primeros pogromos y en menos de dos décadas, esto es, para 1898, ya lanzaba más de un millón de judíos rusos al exilio. Los que se quedaban eran cercados cada vez más en territorios segregados y sus posibilidades de acción mermaban de año a año. Después de la Primera Guerra Mundial, la violencia seguía reduciéndolos y el trabajo escaseaba. La familia materna de Marieta había empezado la partida un poco antes, hacia 1909, de modo que para 1920 el turno le correspondía a ella. Los hermanos mayores habían emprendido el viaje a Estados Unidos y a Argentina. Fueron estos últimos los que se radicaron en el norte de Brasil. Mientras esperaban concretar el viaje esas eran las opciones a disposición de la familia Lispector. La resolución la daría una carta de invitación proveniente de alguno de los familiares radicados en cualquiera de las dos Américas. Como muchas historias de exilio, la decisión no se toma, es el infortunio el que señala por donde seguir. El camino lo indicó José Rabin, un pariente que residía en Maceió. Es así como la familia Lispector llega a Brasil.

una producción artesanal de jabones a cargo del padre. Las dificultades propias de ciudades pequeñas llevaron a Pedro Lispector a buscar otros puertos que le proporcionarían una vida digna, esa que le había sido arrebatada en Ucrania y que aún le era esquiva en Brasil.⁶ Se mudaron a la vecina ciudad de Recife, donde el padre continuó con la venta puerta a puerta, ahora de muebles y tejidos. Como para



muchos inmigrantes obligados a recomenzar una y otra vez, los ingresos eran exigüos. Sin embargo, el padre se esmeraba por la educación de sus tres hijas, no solo en términos formales, sino, en cierto sentido, también espirituales. El teatro, la música, el cine y la literatura fueron las artes cultivadas desde la infancia por las hijas.

Las tribulaciones vividas por la familia no eran solo de orden económico. Una enfermedad aquejaba hacía años a la madre. De hecho, fue siguiendo una vieja superstición ucraniana que, pese a la adversidad que soplabá por todos los frentes, la pareja, hacia fines de 1919 e inicios de 1920, decidió tener un/a último/a hijo/a. Este o esta tendría el cometido de salvar a la madre de su penosa enfermedad. Y el nombre así lo registra: Chaya, nombre de nacimiento de Clarice, según cuentan, significa *vida*. Contra todos los pronósticos, el nuevo nacimiento no curó a la madre de sus padecimientos, todo lo contrario, su salud solo supo empeorar, hasta el punto de quedar en silla de ruedas y perder el habla. La niña Clarice solo conoció a una madre enferma a la que había que cuidar, incluso entretener, y con la que se comunicaba a través de gestos y miradas. La enfermedad de Marieta y el sufrimiento de su familia fueron también la primera lengua de Clarice. Nadie podía atender a sus deseos. Ella tampoco podía inmiscuirse en lo que pasaba a su alrededor, ni siquiera en los días del famoso carnaval. A lo sumo la dejaban quedarse “hasta las 11 de la noche en la puerta al pie de la escalinata del *sobrado* donde vivía[n], mirando ávida cómo los otros se divertían”, o conformándose al día siguiente con los “despojos de serpentinas y confeti”. “No me disfrazaban: en medio de las preocupaciones por mi madre enferma, nadie en casa tenía cabeza para el Carnaval de una niña”, registró años después en “Restos del carnaval”, una crónica publicada en su columna de los sábados en el *Jornal do Brasil* y recogida después como cuento en *Felicidad clan-*

destina. Cuando por primera vez iba a poder participar de la tan ansiada fiesta popular -gracias al piadoso gesto de la madre de una de sus amigas, quien literalmente usó los restos que habían quedado del traje de figurín rosa de su hija para fabricarle uno igual a la niña Clarice-; y alcanzar así el estado de gracia infantil, ocurrió lo inesperado. Escribe la Clarice cronista:

Cuando yo estaba vestida con el papel crepé todo armado, todavía con los cabellos con rulos y sin rouge ni rubor -mi madre súbitamente empeoró mucho de salud, un alboroto repentino se produjo en la casa y me mandaron a comprar de prisa un remedio en la farmacia. Fui corriendo vestida de rosa, pero el rostro todavía desnudo no tenía la máscara de muchacha que cubriría mi tan expuesta vida infantil, fui corriendo, corriendo, perpleja, atónita, entre serpentinas, confetis y gritos de Carnaval. La alegría de los otros me espantaba (énfasis en el original).

Esa alegría aterradora, esa felicidad dolorosa, será una constante en su grafía. A los 41 años, Marieta Krimgold abandonó este mundo. La hija menor tenía 9 años. Sobre sus hombros cargó el peso de una salvación infructuosa. "Yo no me perdono" por haber fallado en esa misión, afirmará una Clarice adulta.

Cansado de trabajar sin muchos frutos, Pedro Lispector resolvió hacer una última apuesta. En 1935 él y sus hijas se encaminan rumbo a la capital federal, la majestuosa Río de Janeiro. Con tantas mudanzas a cuestas, esta era una más, pero prometía ser la definitiva. Y, pese a todo, lo fue. Elisa, la mayor, consiguió un puesto en el Ministerio Público y podía ayudar a aliviar los gastos de la fami-

lia. Tania y Clarice obtenían buenas notas y cada una encontraba la forma de ayudar a solventar la casa. Tania también se enroló en un empleo público mientras Clarice ingresaba a la Escuela de Derecho. Una elección más bien fortuita. Desde niña había sido sindicada como “defensora de los desvalidos”. Así lo recuerda en otra crónica que lleva por título “Lo que quería haber sido”:

De pequeña, mi familia en broma me llamaba ‘la protectora de los animales’. Porque bastaba que acusaran a alguien para que yo inmediatamente lo defendiera. Y yo sentía el drama social con tanta intensidad que vivía con el corazón perplejo ante las grandes injusticias a las que se ven sometidas las llamadas clases menos privilegiadas. En Recife yo iba los domingos a visitar la casa de nuestra empleada en los *mocambos*. Y lo que veía me hacía prometerme que no permitiría que eso continuara. Yo quería actuar. En Recife, donde viví hasta los doce años de edad, había muchas veces en las calles un conglomerado de personas ante las cuales alguien exponía ardorosamente sobre la tragedia social. Y recuerdo cómo vibraba yo y cómo me prometía que un día esa sería mi tarea: defender los derechos de los otros.

Clarice afirma haber vivido hasta los 12 años en Recife. En sus biografías se registra que fue hasta los 14. Incluso una de ellas afirma que fue hasta los 15. Asumir una u otra edad está en relación con la fecha de nacimiento que se adopte. En el relato autobiográfico de la autora advertiremos no pocas variaciones; ella incluso

jugará deliberadamente con ese material: "muchas veces escribir es recordar lo que nunca existió". Lo que interesa de este pasaje es que así cuenta Clarice el advenimiento de una decisión profesional. Como defensora innata, el camino natural a seguir parecía ser el de la abogacía. Una vez admitida, se inclinó por derecho penal, con la ambición no menor de reformar el sistema carcelario brasileño. Pese al entusiasmo inicial, y a sentirse predestinada a los tribunales, rápidamente se dio cuenta de que no ejercería. Esto se debió no solo a las pobres expectativas de la época. Hacia fines de los años 30, las mujeres ingresaban a las universidades, pero eran pocas las que cursaban carreras tradicionales. Derecho se contaba entre una de ellas y las que ingresaban además raramente ejercían. Así lo constató Clarice con sus compañeras, que no llegaban sino a seis, y para quienes su paso por la Facultad de Derecho era una forma de conseguir un buen partido como marido. Pero a ella no fue eso lo que la amedrentó. Lo que la amedrentó fue darse cuenta de que su propósito era gigante, sino imposible. Paralelamente a las clases de derecho y a trabajos varios que realizaba para mantenerse, fue ingresando al mundo de las letras de manera lateral, vía el periodismo. Consiguió inicialmente un puesto de traductora, pero como la carga estaba completa le encomendaron el trabajo de reportera. Así realizó sus primeros escritos para periódicos y sus primeras entrevistas con escritores. El equipo con el que trabajaba lo integraban reconocidos narradores y poetas, y encontró en ellos un pase a la intelectualidad carioca.

Cuando al fin hallaba sosiego, su padre debió someterse a una intervención quirúrgica de rutina para resolver un problema de vesícula, pero de esa cirugía no regresó. Falleció de manera súbita a sus 56 años de edad, se especula que por negligencia médica. Era 1940. Pedro Lispector no alcanzaría a ver publicada la primera novela de su hija menor, ni a ver constituido el Estado que soñaba.

La muerte del padre tomó por sorpresa a la joven Clarice. Esta nueva tristeza embargaría su vida de ahí en más. Poco después, en 1942, conocerá a Maury Gurgel Valente, un compañero de curso que al cabo de un año se convertirá en su esposo. Muy a su pesar, Clarice terminará cumpliendo el mandato de época. Estudiará, pero no ejercerá. Se casará y pasará a ser Clarice Gurgel Valente. Maury seguía la carrera diplomática, de modo que ya casada, el viaje se convertiría, una vez más, en su condición de vida. Seguirá así un itinerario que la llevará a dejar Brasil durante 16 años, con cortas idas y vueltas, pero que trazará un nuevo mapa que unirá principalmente Nápoles-Berna-Washington, mapa al que una Clarice reminiscente -que ha recuperado su apellido de soltera y se ha radicado en Río de Janeiro-, volverá una y otra vez. Lo hará, eso sí, para renarrar esa vida en la que actuó como la "esposa de" un diplomático. Tras las exigencias de altruismo y decoro social que le exigía su papel, había una escritora en lucha con la palabra y con el silencio.

La errancia, la persecución, la deriva, el antisemitismo que se avivaba con cada guerra, el fracaso de su nacimiento, las dificultades por las que atravesó su padre, la llevan a alimentar un insistente deseo de pertenencia. En una crónica del año 1968, titulada precisamente "Pertener", Clarice escribía: "estoy segura de que en la cuna mi primer deseo fue el de pertenecer". Hay muchas formas de pertenecer. La nacionalidad es una de esas ficciones, aunque no siempre resulte cómodo o factible asumir una. Para la época no debía ser fácil, ni deseable, reconocerse rusa. Significaba cargar con la condición del extranjero que no puede volver a su propia tierra y albergar, de alguna forma, la idea de regresar algún día. Contrario a ello, la vuelta no aparece en ningún relato de o referente a Clarice ni a sus hermanas.

Desde adolescente, Clarice empezó a reconocerse pernambucana, y en la petición de naturalización, realizada en 1942, afirma ante todo

su condición de brasileña. De Rusia decía que no conocía más que el nombre. Mientras de Brasil lo tenía todo, su lengua, sus costumbres, y principalmente su voluntad de pertenecer. En la declaración "soy más brasileña que rusa" es ese deseo de pertenencia el que se manifiesta y parece preguntar ¿se es de un lugar por nacer en él o por crear lazos afectivos con él? Además, no sabemos cuánto incidió en esta insistencia el ser descendiente de una familia judía. Reconocerse judía en un periodo de entre guerras era una cuestión muy delicada. Antes de 1948, no se sabía lo que podía pasar. Fue algo sobre lo que Clarice no hablaba, al menos no públicamente.

El vínculo era más bien familiar. Sabida es la cercanía que Clarice tenía con su padre, quien murió esperando la promesa de la creación del Estado de Israel. Ello no significa que todas sus hijas creyeran en el mismo proyecto. Una vez muerto su padre, Clarice no volvió nunca más a la Sinagoga. Se casó con un católico, contraviniendo así la creencia endogámica y la voluntad de su hermana mayor. Tampoco significa que no quedaran huellas de su judaísmo en su escritura. Lo que no es deseable es explicar su escritura mediante este frágil vínculo.

De las pocas veces en que lo reveló fue con su amigo y colega Alberto Dines. La primera fue en una conversación en la que Clarice quiso saber si era algo evidente, a lo que su amigo respondió, tranquilizándola: "Kafka también era muy judío, aunque no hiciera una literatura obviamente judía". Clarice prefería las sombras, concluyó Dines. La segunda vez fue ante una circunstancia adversa, cuando a finales de 1973, el mismo Dines, entonces jefe de redacción del periódico *Jornal do Brasil*, fue dimitido del cargo por el gobierno militar. La razón: era acusado de "fomentar la indisciplina de la redacción", según cuenta a Teresa. Pero, tal como lo registró la biógrafa, Dines sabía que estaba siendo despedido por ser judío,

pues ello importunaba las negociaciones que el gobierno quería entablar con los árabes, por asuntos de petróleo. Como Clarice era de las escritoras invitadas por Dines a trabajar en el diario, lo que seguía era la dimisión del equipo que compartía la misma condición judía. Su despido fue confirmado a inicios de 1974. Ante el infortunio afirmó estar orgullosa de esa “nueva pertenencia”.

Clarice se naturalizará como brasileña a fines de 1943, pero tendrá que volver insistentemente sobre el tema, debido a su dicción. Se decía que no era solo problema de la erre. En una ocasión, su amigo Jorge Bloch la ayudó con un tratamiento para corregir la dicción y comprobó que no era frenillo lo que tenía y que además su problema era reversible. Se trataba de vicios de infancia, que resultaban fáciles de corregir. Nada que unos ejercicios con un especialista no resolvieran. Tiempo después de haberla “curado”, la encontró casualmente en la calle y notó que el problema persistía, ante lo cual ella afirmó: no me molesta, me singulariza. Afirma mi personalidad. Hay, ahí, en esa habla una memoria afectiva que guardaba de la casa paterna. No es difícil imaginar que, creciendo en el ambiente familiar antes descrito, y estudiando en un colegio judío, la joven Clarice no hubiera estado familiarizada con la lengua de sus padres, aunque no la hubiese hablado. Esa lengua anclada, ahora tomada metafóricamente, es un trazo de la diáspora judía de la que era heredera.

En “Ver a no saber”, Hélène Cixous le atribuye a Clarice un doble nacimiento: “una vez en un continente, nacimiento retenido luego durante dos meses para renacer en otro continente, nacida dos veces de un viaje lento, difícil y precipitado, para finalmente llegar a la lengua brasileña. Después no dejó de llegar a su lengua con ese ligero desfase”. De modo que el asunto de la erre es su forma de acercarse al portugués como una extranjera que lo descubre en cada

nueva frase. Doble nacimiento: el que se da en tierras extrañas, y el que se da en la escritura. He ahí su máxima pertenencia. El desamparo y la orfandad fueron arropados por una lengua transcrita, pues como ella misma afirmaría: "Escribir es también bendecir una vida que no fue bendecida". Esa potencia de vida que porta su escritura fue muy bien percibida por otro contemporáneo suyo: João Guimarães Rosa, quien en alguna buena ocasión le confesó a la misma Clarice que la leía no por la literatura sino por la vida. De manera que ingresar a sus libros conlleva vérselas con esas vidas que ella misma quiso darse.



Son tres las biografías de Clarice de amplia consulta.⁷ Ya hemos mencionado dos. Por orden de aparición tenemos: *Clarice. Uma vida que se conta*, de Nádia Battella Gotlib, publicada en 1995, y cuya versión inicial fue presentada en 1993 como tesis del Doctorado en Docencia Libre de la Universidad de São Paulo. Nádia es tal vez una de las mayores conocedoras y también una de las mejores lectoras de Clarice. En 2008 publicó *Clarice Fotobiografía*, en rigor, una biografía visual de la escritora, con material de archivo muy relevante. *Eu sou uma pergunta: Uma biografia de Clarice Lispector*, de Teresa Monteiro Ferreira, publicada en 1999, tuvo también una primera versión en formato tesis en 1995, en

7. Valga aclarar que no son los únicos relatos biográficos de la autora. Hay un esbozo temprano de su vida realizado por Olga Borelli, Clarice Lispector. Esboço para um possível retrato. La escritura presentemente testimonial de su hermana Elisa Lispector también ha fungido como documento de consulta. No obstante, en lo que sigue dedico unas líneas a las tres biografías mencionadas.